



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

El concentrismo.

Autor:

Beckett, Samuel (Traducción de Elina Montes)

Revista:

Beckettiana

2002, 9, 141-148



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

EL CONCENTRISMO

SAMUEL BECKETT

Señor

Es usted el primero que se interesa por este imbécil. He aquí todo lo que sé de él: lo he conocido o, para ser más exactos, él me impuso esta incomodidad, en la vigilia de su muerte, en Marsella. Se me pegó en un sombrío boliche adonde, por ese entonces, tenía yo la excelente costumbre de ir a emborracharme dos veces por semana. "Tiene usted un aire" me dijo "adecuadamente idiota para inspirarme una confianza extrema. "Por fin" continuó -(en nada modifico sus logogrifos)- "por fin y por primera vez tropiezo con un animal que, si doy crédito a mis ojos, está total e idealmente desprovisto de inteligencia, sumergido en una divina y perfecta nadería." Se interrumpió, se sacó el sombrero, y luego, con voz vibrante: "¡Venga un abrazo, hermano mío!" exclamó. Lo empujé con rudeza. Poco faltó para que cayera, palideció, comenzó a toser de un modo tan doloroso que no pude evitar lamentar la violencia de mi gesto. Pero él se repuso rápidamente y me encaró de nuevo, esta vez con una voz a penas perceptible.

"Señor" dijo, "¿me permite preguntarle algo?"

"Diga, señor", le dije fríamente.

"Por casualidad, ¿sería usted de Toulouse?"

"Sí, señor." Se sobresaltó, luego se puso a balbucear: "Un favor, señor, nada más que un pequeño favor. Discúlpeme." Sacó de su bolsillo una tarjeta de presentación, escribió rápidamente una dirección al dorso, y me la dio. "En nombre de todo lo que le es máspreciado" me dijo, "vaya a esta dirección mañana cerca del mediodía, presente esta tarjeta, diga que es usted el Toledano, diga que...." Lo corté de llano. "Señor" le dije, "no haré nada y no iré. Yo no lo conozco, usted me ha insultado, usted" "Pero sí" insistió, casi con impaciencia,

“pero sí, usted irá.” Luego, con insolencia: “Sería usted tan bestia” Se calló. Finalmente, y esta vez con dulzura: “Pero nunca antes del mediodía”, y ahí mismo, salió.

Hice todo lo que me pidió. Había dejado en lo de la conserje un gran paquete dirigido a “mi querido amigo de Toulouse que ha prometido venir.” “¿Quién es este señor? ¿Adónde está?” Le pregunté a la conserje. Ella no contestó. “¿Quién es este idiota? ¿Adónde está?” Estaba furioso. “Parece que ha muerto” me dijo.

Y aquí tiene usted, Señor, todo lo que sé, y le garantizo que para mí es más que suficiente. En el paquete no había otra cosa que los cuadernos que le han intrigado tanto. Los he remitido al conservador de nuestra biblioteca, en primer lugar por desembarazarme de ellos cuanto antes y luego en la esperanza de que, perdidos entre tanta podredumbre de esa casa de muertos y moribundos a nadie más hubiesen podido molestar. No me queda más que expresarle toda la aflicción de que esa noble aspiración no se haya realizado, y rogarle, Señor, agregar mi simpatía y mi más profundo desprecio.

Firmado:

No quedan sino los golpes del incensario intercambiados con una paciencia tan triste entre quien roba y quien manosea una gloria, que son inéditos. Deploro la ausencia de su Serenísima Alteza de Mónaco. Porque soy realmente el primero que viola a este sujeto, y sé con qué violencia son activados los corazones nobles por una materia intacta, aunque no disponga de elementos probatorios de una amistad milagrosa. Intacto y perfectamente oscuro. Ni escándalo, ni sensación. Conserjes, muchos conserjes. Jean du Chas sufría de una verdadera obsesión al respecto y tenía en este sentido una conciencia muy clara. “El conserje” ha escrito en uno de sus cuadernos, “es la piedra angular de todo mi edificio.” Pero nos presenta a un conserje que podríamos llamar ideal, ideal y abstracto, un conserje absoluto, que no sabe chismear. Numerosas indicaciones textuales me inclinan a ver en este motivo casi neurálgico el símbolo de esas terribles manifestaciones de la naturaleza, terribles e irregulares, que laceran la armonía cósmica y desmienten todo aquello por lo cual el artesano de la creación es el prototipo del artista neoclásico y el precario encadenamiento de los meses y de las estaciones un manifiesto tranquilizador y catártico: por

ejemplo, uno de esos chaparrones ex nihilo que marcan, afortunadamente a intervalos muy espaciados, el clima de esta isla. Pero no hay aquí más que una especulación y si he hablado de ello al comienzo de mi discurso es con la finalidad de que tome usted conocimiento lo más pronto posible de la calidad sobria, compacta, diría casi monocroma, del arte chasiano.

Jean du Chas, hijo único, ilegítimo y póstumo de un agente de cambio belga, muerto en 1906 como consecuencia de una enfermedad en la piel, y de Marie Pichon, vendedora de una casa de costura de Toulouse, y nacido bajo la roja sombra de la Basílica de Saint Sernin, poco antes del mediodía el 13 de abril de 1906, en los afelpados divagares de un carillón en duelo. A parte de las circunstancias poco edificantes de su muerte, nada sabemos acerca de su padre. Su madre era de origen alemán y mantenía relaciones estables con su abuela, Annalisa Brandau, que dirigía por sí sola y, parece, con una habilidad sobrehumana, su pequeña propiedad al borde de la Fulda, muy cerca de Kragenhof, antiguo lugar de veraneo y que ahora no es más que una vaga ruina de techos asfixiados por el oleaje de abetos. Desde los cuatro años él iba ahí todos los veranos con su madre y evoca, en uno de sus primeros poemas, el lento deterioro de toda su vigor de joven Tolosano en esa Tolomea de colofonia. Es a esas experiencias juveniles de fiebre alemana que atribuye la imposibilidad en la que se encontrara a lo largo de toda su vida de disociar la idea de luz de las de calor y de disgusto. Para él no hay espectáculo más exasperante que una puesta de sol ---"deflagración infecta" escribió, "que implica en sus vómitos de paisajista intoxicado la eterna laxitud de Vesper", y rechaza cierta vulgaridad de tarjeta postal con inclinación hacia la caída crepuscular que sirve de fondo mortecino a la más radiante palidez de Venus. Y celebra el sutil desacuerdo buscado a menudo y vanamente de un guijarro a penas visible contra un frente exangüe.

Descuidado por su madre, sin amigos, enfermizo y presa desde sus años más juveniles de lo que él llamaba "crisis de negación", atraviesa bien o mal una juventud que no tendrá ni tiempo ni ocasión de añorar. El 13 de abril de 1927 escribe en su diario: "Heme aquí mayor, y a pesar mío y a pesar de todo", y más adelante: "Estos milagros no motivados no me placen en absoluto". Las notas de ese día terminan con una frase trazada con tanta violencia que el papel se ha rasgado. He logrado reconstituir la segunda mitad. Hela aquí: "y hay que pegarle a la madre mientras que aún es joven". Su diario abunda en estas extrañas interpolaciones. Se interrumpe en la mitad de detalles triviales e

íntimos para escribir, entre paréntesis y con letras mayúsculas: “llegué, me senté. me fui” o “los curas siempre tienen miedo” o “usar la propia cuerda para colgarse” o “no tirarle a los demonios sino ángeles”. Jean du Chas ha muerto en Marsella el 15 de enero de 1928, en un hotel pequeño. En la antevíspera había escrito en su Diario: “morir cuando no es el momento”. La siguiente página, la del 14, no brinda sino reproches a la voluntad de Marsella y de los marseleses, y algunos proyectos de viaje. “Esta ciudad es en verdad demasiado cómica y la fauna demasiado abundante y demasiado declamatoria, sin interés. Folchetto ha muerto siendo un muchacho. Yo también. Una pena. Iré con mi tedio a otra parte. Iré a confesarme a Ancona”.

Es justo la fórmula de sus inquietudes, la constelación de todos sus desplazamientos: *ve con tu tedio a otra parte*, el estímulo que termina usándose a fuerza de extenuación. Esta vida, tal como se despliega, vacía y fragmentaria, de la única fuente disponible, su Diario, es una de esas vidas horizontales, sin vértice, todo a lo largo, un fenómeno del movimiento, sin posibilidad de aceleración ni de disminución, puesta en marcha, sin haber sido inaugurada, por el accidente de un nacimiento, terminada, sin haber concluido, por el accidente de una muerte. Y vacía, hueca, sin contenido, abstracción hecha de las vulgaridades mecánicas de la epidermis, las que se cumplen sin que el alma las tome en cuenta. De vida social, ni una marca. Al leer su Diario tenemos la impresión de que para este hombre y fatalmente y fuera de todo acto de orgullo o desprecio, la vida social, la convención social, toda la aburrida y prudente estilización de las aflicciones humanas, amor, amistad, gloria y el resto, que todo esto no es sino una dimensión, o atributo de una dimensión, inevitable, como la fricción, una condición de su adhesión a la superficie de la tierra. De modo que du Chas tenía una vida social como ustedes tienen una vida centrípeta, a saber: inconscientemente y con indiferencia, lo que equivale a decir que estaba exento de ella, ya que la indiferencia y la inconsciencia en nada cuadran con la sacrosanta tradición de la bodega y el miedo y la ignorancia y la solidaridad contraída bajo el trueno. Excluyente y excluido, atraviesa el elemento social, sin juzgarlo. Sería maravilloso requerirle un juicio general, una crítica comprensiva de las tendencias locales y actuales. “La fauna es demasiado abundante”: he aquí todo lo que puede saber. Siempre la fauna, el misterio aceptado como tal, sin interés, en Marsella como en cualquier lado, salvo que pese demasiado y se esparza demasiado en el espacio, lo oprime, hay que ir a aburrirse a otra parte. Y siempre es así que habla de ello, con constataciones efectivas, sin entusiasmo y sin cólera, lamentándolo, pero sin resentirse con algo

o alguien, como un hombre que diría, antes de pedir su abrigo: “he comido demasiadas ostras”.

Tal ha sido su vida, una vida de individuo, el primer individuo europeo después de la expedición a Egipto. Las acrobacias imperiales han acallado el alma leonardiana, envenenado la tranquila virtud de los indiferentes europeos. Bajo la crapulosa égida de un escudero de Corneille la última marca de la cólera dantesca se ha transformado en esputos de jesuita cansado, el cortejo bubónicos apestados que quieren emponzoñar al siglo XIX se organiza en la gloria eterna del primer turista. Es un hecho. Montaigne se llama Baedeker, y Dios viste un chaleco rojo. Unas minorías se movilizan e inventan un vampiro abstracto que llaman la mayoría. Es la apoteosis de la fuerza menor. Una horda de sapos sádicos recorren Europa en búsqueda del asno eternamente extenuada. Raskolnikoff, Rastignac y Sorel se sacrifican y ponen al día el gusto por la Trinidad, triángulo escaleno o símbolo fálico, como quieran, camaradas. Cada cual a su propio amparo. Ibsen prueba que tiene razón. Renan demuestra que no la tiene. Coincidencia. A Anatole France le importa un bledo, a viva voz. Marcel Proust se metamorfosea en espinos blancos de tanto fumar. Coincidencia. Y Gide se crucifica en un ángulo de 69 grados porque ha perdido la concordancia del cazador y Fargue se horizontaliza porque ha saturado su repertorio de porquerías y Valéry altera en proposiciones absolutas lo que no ha leído y Mallarmé atenúa en tercera claros de luna lo que jamás ha hecho y todos los demás que conocen afinan sus cornamusas y luego se hacen en cuatro con tal de ejecutar en falso, porque, ¡caramba!, los individuos no van a los conciertos. Finalmente, y para dar término a toda esta crisis del *spleen*, si me atrevo a afirmar ante ustedes que un individuo -(y los invito a cargar sobre esta palabra, vacía desde hace un siglo, toda su virtud prenapoleónica)- que tal individuo ha vivido y ha muerto en medio de nuestras vulgaridades, es porque lo hallo exento de esa exasperación social que necesariamente se ha expresado en rebuznos antisociales, infinitamente menos conmovedores y menos nobles que las más ordinarias explosiones de tristeza asnal. Y ya van dos veces, en el decurso de esta comedia, y en la esperanza de esclarecer mi texto, que he insultado al asno. Le pido disculpas. Me postro ante el más encantador y más tenebroso de todos los animales que, pacientemente, nos hacen el honor de complacer nuestro acceso de ternura. Mas la última afrenta, es la de Esopo, aquél para el que no hay perdón posible, que consiste en hacerlo hablar, a él, al asno. Dios es mi testigo que aún no soy culpable de eso.

Encontrarán que el rubro social ha sido sometido de golpe a una torsión algo prolongada. Y justo es el caso que digamos: a falta de algo mejor. Porque no hay más que eso. Todo está ahí dentro. Si han comprendido por qué du Chas es un individuo mientras que Gide no lo es ni lo será jamás, vuestros males están a punto de terminar. La cosa se explica. Y la membrana chasiana cede ante vuestro paroxismo de presión cerebral. Dispersión del concentrismo.

No he hallado más que un solo pasaje en los Cuadernos que pueda, a pesar de su aspecto revulsivo, dejar en claro este asunto. Hela aquí en su totalidad:

“Hijos míos, mis tiernas enredaderas, destétense, pongan atención a lo que voy a decirles. Sé que dentro de 10 años no pedirán otra cosa que la de rendirse a mis lares. Ahora bien, mis lares serán exigentes. Por lo menos, tengo motivos para creerlo. Una de esas devociones estridentes y sanguíneas, semejantes a las que el difunto Señor mi padre ha consagrado a la sal de mercurio, en nada los hará progresar. No quiero, hijos míos, ni vuestra aprobación de scala santa ni vuestra inmortalidad de corral. Y es con el fin de ponerme a buen recaudo que les expongo, aquí y ahora, vuestro programa. Ustedes van a llamarse los *Concentristas*. Se los digo yo, yo, inventor del Concentrismo, yo, el Buda biconvexo. Ustedes dirán a sus contemporáneos: -Jean du Chas, ilustre fundador de nuestra orden, inventor del Concentrismo, el Buda biconvexo, hijo único, ilegítimo y póstumo de un agente d cambio belga y de una zorra germano-toledana, los invita, tutti quanti, a un convite religioso-geológico, en el que podrán henchirse, hasta que salten los botones, de santa pitanza bajo la doble forma de lentejas cartesianas y conserjes sintéticos. - Les concederán una breve pausa y luego dirán: - La poesía chasiana, es el estiramiento de una frase en la que los pétalos se abren, un *abra el paso por favor*¹ que se disgrega bajo las meticulosidades de nuestro indomable capitán , que, ¡caramba!, también él, conoció el lustre. Es en su persona que saludamos -y les hacemos el honor de invitarlos a hacer lo mismo- al autor de Discursos de la Partida, concebido y compuesto entre los vapores calientes de la conserjería, de todos los conserjes, caldera² de los Neuburg novecenteschi. -Y concluirán obsequiándoles la siguiente definición: - *El concentrismo es un prisma sobre la escalera*. Y he aquí, hijos míos, los flancos de vuestro manifiesto. Engórdenlos. Adiós, hijos míos, y buen provecho. Los devuelvo a sus madres.”

No hay que dejarse burlar por la superficie amarga de este pasaje. Tampoco hay que ver en él una oscuridad que tiene la apariencia feroz en su

premeditación. Du Chas es así. Es uno de esos espíritus que no pueden explicarse. La sola idea de una apología, de la reducción de su sustancia en sollozos universitarios -lo que él denomina: *reductio ad abscentum*- le crispa y trastoca los nervios. No es así que quiere ser entendido. No es así que él entiende el conocimiento. Sus Cuadernos contienen numerosas notas que no dejan duda alguna al respecto. He elegido la más clara y la más susceptible en interesarles por su vigencia:

“Acabo de leer una carta de Proust” escribe, “dirigida ya no sé a quién, a una (o debería decir: a uno) de sus Albertine-Jupien sin duda, donde explica cuáles son las razones por las que no puede, pero no puede de ningún modo, sonarse la nariz el domingo por la mañana antes de las seis. El microcosmo de su tesis, después de haber rodado por todas las alturas de una pagoda invertida de tergiversaciones teleológicas, se arroja cual bólido victorioso y les pulveriza la sensibilidad”. He aquí la última frase de esta carta: - “de modo que me veo condenado, a causa de este funesto encadenamiento de circunstancias que remonta, no lo dude, a alguna coriza merovingia reprimida, parecida a Françoise que, en este preciso momento, acurrucada e invisible contra la caja de resonancia de mi puerta, se inclina sobre el abismo fatal y delicioso de un estornudo titánico, para aspirar los torrentes de lava mucosa que se elevan de las profundidades de moco matinal, ruidoso y volcánico, y asedian las válvulas temblorosas de las ventanillas de mi nariz.-”

Jamás pude hallar esta carta. Es posible que du Chas la haya inventado en su totalidad. Es demasiado “a la manera de ...” para ser apócrifa. Pero esto no tiene ningún tipo de importancia. Son las reacciones chasianas las que nos conciernen. Él establece la naturaleza de su gusto:

“Que no pudiese sonarse la nariz los domingos por la mañana antes de las seis, es algo que me parece bastante natural. Pero después de todo el suplicio de clarificaciones ya nada entiendo. ¡Al diablo con sus explicaciones! No hay cosa más indecente que los tics justificados. La locura, a Dios gracia, es indivisible.”

Podríamos sacar una variedad de conclusiones del manifiesto de los Concentristas tal como du Chas la ha esbozado en su Diario. Es una de esas enunciaciones que voluntariamente se dejan reducir en muchas obscenidades para satisfacer la aspiración de cada uno de nosotros hacia las regiones de orden y de claridad. Podrían, por ejemplo, interpretar este Discurso de la Partida como la expresión artística de las evasiones que preceden al suicidio, y “abra

el paso por favor” como el único acto definitivo del individuo que se hace finalmente más que justicia a sí mismo. Sería un “cogito ergo sum” algo sensacional. Y el conserje, ¿el que lo deja pasar? Todo lo que quieran, Dios o la fatiga, pequeño ataque o clarividencia raciniana. Descomposición de los benditos que descienden en espiral. Y aquí lo tienen. Claro y consecuente como los silogismos del Señor Chauvin. O podrían considerar todo esto a la luz de la fisiología. Sería más divertido. Pero lo cierto es que, si insisten en consolidar la Idea, Esa de la que habla, a concretar la Cosa de Kant, no harán más que degradar en comedia de equívocos de Labiche este arte que, semejante a una resolución de Mozart, es perfectamente inteligible y perfectamente inexplicable.

Traducción de Elina Montes

¹ N.d.T.: En el original “*Cordon s' il vous plaît*” refiere a un pedido que solía hacerse antiguamente al conserje, que tenía una cuerda (“cordon”) que manejaba para abrir la puerta de acceso a los edificios. No es posible mantener aquí el sentido de doble movimiento entre estiramiento y apertura del original. Seguidamente, se traduce “conoció el lustre” (tanto en el sentido de “fama” como de “lustrar”) ya que en el original leemos “a connu sa Suède”, donde “Suède” puede ser tanto “Suecia” como “gamuza”.

² N.de T.: “poêle” es una palabra que concentra, en este contexto, los distintos significados que se le pueden atribuir. La primera entrada que se nos ofrece es “velo fúnebre con el que se cubre el féretro”; también puede ser “estufa o salamandra” que irradia calor a las habitaciones o, en su última acepción “sartén con mango largo” y por extensión “dominio de una situación” (como en nuestro caso sería: “llevar la sartén por el mango”). El tono irónico que transforma el lugar en la dominante del sistema, hace que los “vapores calientes de la conserjería” puedan ser el fermento creador del nuevo burgo literario (“caldera”), o provenir de la cocina del habitáculo en donde se cuecen los estilos que han de predominar (“sartén”). No podemos -por último- olvidar que el tema del suicidio (de una muerte que no está estrechamente vinculada a una estética) atraviesa el “ensayo” y que, por ende, los “velos fúnebres” novecenteschi también se extienden sobre una tradición que desplaza.